

Lucio Victorio Mansilla. Contar la historia nacional

por Gabriela D'Odorico

“Converso íntimamente con el lector no dicto un discurso de Historia en la cátedra”¹ dice Lucio V. Mansilla. No hay frase que sintetice mejor su interpretación de una historia nacional ni que esconda tanto sus intereses políticos. Las contradicciones de Mansilla, múltiples y sostenidas, surgen de una conversación que gana segundo a segundo la escucha. Sus relatos de viajes a Oriente (posiblemente el primer argentino que conoció la India), al oscuro interior de la tierra ranquelina o a la luminosa civilización europea exhalan un exotismo embriagador. Iniciadas casi siempre con dedicatorias son híbridos entre cartas lejanas y partes de guerra. Incluyen anécdotas de combate en el Paraguay, de las negociaciones con el indio y de las veladas parisinas con el poeta Verlaine o Robert de Montesquiou, el barón de Charlous de *En busca del tiempo perdido*. Refiere a los acontecimientos de un modo inédito para el Río de la Plata porque pierde el hilo con largas digresiones, paréntesis o llamados de atención que interrumpen relatos previsibles de la historia nacional. Arrastra caprichosamente nuestro interés hacia nimiedades, intima para ganar confianza y acrecienta la ansiedad con la dilación de los desenlaces. Hasta sus aforismos sobre la vida militar, el comportamiento social o la naturaleza femenina están comentados. “Converso, no pretendo enseñar” dice mientras reitera “entre nos”, “querido amigo”, “me comprenderás”. Con cuidadoso estilo de militar campechano trata a Molière, al cacique Baigorrita o a la frenología de moda². Y así fascina definitivamente a la época. “Yo no soy más que un simple cronista ¡felizmente!”, dice Lucio, el *dandy*, el *causeur*, que pregunta, irreverente “¿Qué piensa usted Gral. Mansilla?” Y el Gral. responde “Che Lucio, qué indiscreto estuviste hoy”

Hay una tensión instalada en toda su obra, entre el discurso militar y la conversación, mediada por Falstaf, Turlourou³, Orion y Aeiou, sus seudónimos periodísticos, o por las sugerencias de ese extraño *alter ego* que es su secretario. “Se dice que el hombre es doble. Yo sostengo que es múltiple”⁴ dice Mansilla mientras se exhibe en fotografías múltiples de los Estudios Witcomb de la calle Florida. Militar de frontera, político, periodista, duelista de honor, modelo fotográfico, jugador empedernido, inversor

¹ Lucio Victorio Mansilla (Buenos Aires, 1831 – París, 1913) MANSILLA, L.: “Esa cabeza toba” en *Entre Nos. Causeries del jueves*, Bs. As, Elefante Blanco, 2007, p. 206

² Creada por Gall (1758-1825) La forma exterior del cráneo determinaba las tendencias humanas.

³ *Soldat de ligne, bon enfant, généreux, courtois, déluré, intrépide et voluptueux* Francisco Seeber (1907)

⁴ MANSILLA, L.: “Por qué” en *Entre Nos. op.cit.* p. 21

bursátil y buscador de oro son sus personajes de conversación en el salón parisino, en el club social o en el fogón militar.

Pero su atavismo retorna en pesadillas, terrores infantiles y fobias: su casa de la infancia edificada sobre una antigua prisión colonial, Lavalle muerto, los cadáveres unitarios o de la fiebre amarilla en las calles, el rigor paternal de Rosas y los negros espías. Son los fantasmas sobre el origen de la historia que dividen en dos a la Argentina. Ellos conforman una memoria común, silenciada, que no entró aún en la extendida conversación europea. Mansilla no busca un origen o punto cero de la historia en el que distribuir culpas. Prefiere contar a la manera del hombre de campo que en voz baja comienza con un “como le venía diciendo” o “así era nomás” y va aumentando el volumen de una conversación que no era audible. Hablar sobre esos fantasmas es conjurar hechizos y como los ejércitos están llenos de leyendas “no hay algo más difícil para escribir que la historia de una guerra”. No porque el tema sea malo, lo malo son los modos de tratarlo. Las pasiones en guerra que propician el silencio podrían, en cambio, propagar un relato singular porque “El silencio es una concentración y la palabra una expansión”.⁵ Mansilla se obstina con tres dilemas históricos usados para fundar gran parte de la historia nacional. Son los que continúan guerras militares y morales que impiden la conversación. Sobre cómo contarlos Lucio y el General discuten durante toda la vida. Son el Restaurador, el Desierto y la Inmigración.

1) El fantasma del Restaurador (unitarios y federales)

Yo, por mi prosapia, si ustedes quieren por mi atavismo, yo... ¿pero que seré? ¿Me hacen ustedes el favor de definirme?⁶

Era el hijo de Agustina Ortiz de Rozas (con z), la menor de los diecinueve hermanos de Juan Manuel, casada con Lucio Norberto Mansilla, protagonista militar de la Vuelta de Obligado. Su infancia se desarrolló en el entorno más cercano del Restaurador y, por eso, con la caída del régimen toda la familia debió emigrar a Europa.

Este vínculo familiar es la constante que surca longitudinalmente la obra de Mansilla.⁷ En especial *Rozas. Ensayo histórico-psicológico* publicado en París 1898 está dedicado a humanizar, en el mejor y peor sentido, la figura política del Restaurador a la luz de los acontecimientos políticos de 1880. Mansilla se considera quien mejor conoce la

⁵ MANSILLA, L.: “Nuestros grandes conversadores” en *Entre Nos. op.cit.* p. 271

⁶ MANSILLA, L.: “Poetas, traductores y críticos” en *Entre Nos. Causeries de los jueves.* Tomo III, www.librodot.com, p. 61

⁷ cfr PRIETO, A: *La generación del 80. Las ideas y el ensayo*, Bs. As, CEAL, 1981

polémica figura y dice que sin justificarlo expresará el grito de la conciencia atormentada, comprimida por largos años de discreto silencio.

La mayor parte de la guerra civil argentina ha girado alrededor de dos grandes ejes políticos: Rozas y Lavalle. Pues bien estas dos familias eran íntimas; todas las Rozas tomaron leche del seno de una Lavalle, fecundísima como su amiga predilecta Agustina (Ortiz de Rozas), y todas las Lavalle, leche del seno de ésta.⁸

Mansilla recuerda, de sus frecuentes visitas a Palermo, a un tío cariñoso, aficionado a la pesca, muy sociable, de inteligente sentido del humor para poner apodosos y de gran destreza en tareas de campo y de administración de “establecimientos” rurales. De fuerte carácter y sentido de la disciplina, muy trabajador, dotado para el mando fue creador de sí mismo y eludió la pobreza por horror a tener que agachar la cabeza. Tuvo como socios de tierras a sus refinados parientes Anchorena y un gabinete de escritores cultos y afables como Nicolás Mariño y Pedro de Angelis. Pero la admiración del joven Lucio, que ya leía a Rousseau, fue ensombrecida por las palabras de su propio padre

‘Mi amigo, cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rozas no lee *El contrato social*, si se ha de quedar en este país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho’ Por quien soy, que no entendí todavía; era yo tan niño, tan federal y tan rozista que ¿qué había de entender?⁹

Pero terminó comprendiendo que si bien la suma del poder público convirtió a Rosas en una verdadera “bestia” ese hecho puso al descubierto algo mucho más complejo

no hay tiranos, ni en la acepción griega ni en la moderna, sin pueblo a la espalda pensando como el tirano mismo, sintiendo, anhelando, queriendo como él... La tiranía de Rosas... era asunto argentino, exclusivamente argentino, cuestión interna, cuestión de familia argentina.¹⁰

La crisis profunda de esos tiempos había vuelto patológico el estado general de la sociedad y Rosas no era más que su representante. Y hasta los enemigos lo sacralizaron cuando determinaron “acción santa matar a Rosas”. La exaltación que su figura producía podía hacer que sus órdenes fueran “nadie está encargado de la ejecución del siguiente decreto” y saber de antemano que todo el mundo querría ejecutarlo. Mansilla cree que todo lo dicho y escrito en esa época sobre Rosas, a favor o en contra, no aporta ninguna novedad histórica. Son argumentos archiconocidos en favor de unitarios o de federales. Nada explican sobre los móviles subjetivos que producen tanto entusiasmo y

⁸ MANSILLA, L.: *Rozas. Ensayo histórico-psicológico*, Bs. As, Sociedad Impresora Americana, 1945, p.44. El joven Ortiz de Rozas huyó de su casa desnudo durante un castigo. ‘Dejo todo lo que no es mío’ quedó escrito en una carta firmada Juan Manuel de Rosas con s.

⁹ MANSILLA, L.: “Por qué” en *Entre Nos. op.cit.*, p. 61

¹⁰ MANSILLA, L.: *Rozas. op.cit.*, pp.29 y p 181

obediencia. Ese tío que haciendo gritar “viva la federación” era esencialmente un unitario se le manifestaba como un fantasma de naturaleza contradictoria. En él las metáforas eran fenómenos materiales. Si le habían llamado grande americano, padecía la megalomanía del americanismo para excitar las masas.

Así este hombre [Rozas], que había nacido para el trabajo y no para la acción, fue durante larguísimos años un misterio y una mistificación para casi todos, excepto para él mismo. En las campañas parece campesino y es burgués. En el orden nacional habla de patria y es localista. Nadie atenta contra la América y él se dice defensor de la santa causa americana... Es déspota orgánicamente, y más capaz de perdonar al que le tema que al que le haya desafiado. Cree en Dios y en la Iglesia, pero no respeta los altares... Y no está aislado; hay muchas almas como la suya, y él será su representante, así como entre sus enemigos se hallarán otras almas comprimidas esperando la hora de estallar, rugiendo con igual furor.¹¹

Frente a este desastre, políticos, cronistas e historiadores presuponían la claridad de los acontecimientos. Apelaban a la comodidad explicativa de optar por un sistema unitario o uno federal. Y sin tener que pensar lucían su ingenio para forzar la crudeza de la realidad hacia el *a priori* elegido. Todos hablaban como si entendieran.

los federales “eran leones”, los unitarios “carneros”, como si unos y otros no fueran argentinos.¹²

Mientras tanto el único que verdaderamente entendía cómo mantenerse en el poder era Rosas. Su obstinación por hacer una verdadera historia lo enfrentó con el problema irresoluble de fundar un origen. En el país no había una unidad antropológica y las mezclas del conquistador con los autóctonos eran patentes. Esta fue para Mansilla una de las causas de la caída del régimen y de toda su estirpe en Caseros (1852), entonces

yo era un desterrado. Y singular fenómeno de afinidad electiva, una idiosincrasia hereditaria, paterna, me hacía pensar como mis enemigos: sobrino de Rozas, pensaba como los liberales del Paraná, y así es como me explico a mí mismo, mis incertidumbres y mis incoherencias.¹³

Estos antecedentes familiares más su crítica a la dicotomía unitarios y federales le valen el silencio de los Ortiz de Rosas, incluida su madre, y el rencor sospechoso de la elite dirigente del país que nunca le permitió el ingreso en sus filas. Ansiaba el Ministerio de Guerra y, por supuesto, la Presidencia de la Nación. Fue considerado presidenciable y a la vez siempre postergado o juzgado desleal. Mansilla murió pensando que, aunque se confabulaba contra él, no se había equivocado:

¹¹ MANSILLA, L.: *Rozas. op.cit.*, pp. 63 y 64

¹² MANSILLA, L.: *Rozas. op.cit.*, pp. 141 Y 142

¹³ MANSILLA, L.: *Retratos y recuerdos*, Bs As, Paradiso, 2005, p. 41

Alberdi, estando Rosas en el destierro, quiso conocerle *de visu*; le vio, pues, y, como se dice en lenguaje llano, se hicieron amigos.¹⁴

Paradójicamente el sobrino del “bárbaro” es uno de los escritores más cultos y cosmopolitas de su época. A su vez rebasa los límites del liberalismo, no sólo por parentesco, sino por adoptar la conversación y el cuchicheo que lo aproximan a una cotidianeidad que la elite no habita. Condena la voluntad unívoca de Rosas y los límites de su dictadura, pero también se ve atraído por la fuerza unificadora de voluntades que representaba. La dicotomía unitarios y federales queda puesta en tela de juicio. El ideal europeo había podido armonizar la historia pasada con la realidad presente y esta cuestión, a Mansilla, le preocupa para América. Las verdades sobre el pasado resueltas en la matriz unitarios y federales sólo produjo silencio. Hacer atractiva la conversación presente es incluir los vicios y virtudes de los hombres de ese confuso pasado. Es el modo de fortalecer la todavía escasa vida social de estas tierras.

2) Espejismos en el desierto (civilización y barbarie)

Hacia 1869 la población indígena ocupaba más de la mitad del territorio nacional y llegaba hasta el camino de Rosario a Córdoba. En Río Cuarto, que era ya una ciudad moderna, la plaza se encontraba atrincherada en sus cuatro bocacalles para dar refugio a los blancos. Todo el tiempo, recuerda Mansilla, “como una chispa eléctrica corría la noticia de que los indios habían invadido”¹⁵ Para esa época Sarmiento lo puso bajo las órdenes de Arredondo en una campaña militar contra los indios. Mansilla dice haber emprendido una “calaverada” militar desde Río Cuarto a Leubucó (Río Quinto) en busca del fantasma del Restaurador. En menos de 20 días y con 18 hombres firma un tratado de paz con el cacique Mariano Rosas (con *s*) ahijado de Juan Manuel. Ese tratado nunca se efectivizó porque

nuestra política suele consistir en hacer de los amigos, enemigos; parias de los hijos del país, o secretarios, ministros, embajadores de los que nos han combatido.¹⁶

A su regreso fue sumariado y destituido. Sin embargo este fracaso político no lo hace abandonar su objetivo inicial. Y como si la campaña militar continuara se propone escribir para el diario *La tribuna* y por entregas *Una excursión a los indios ranqueles*. Eran cartas dirigidas a un amigo común que tenían con Sarmiento, Santiago Arcos,

¹⁴ MANSILLA, L.: *Retratos y recuerdos, op.cit.*, p.122

¹⁵ MANSILLA, L.: “El famoso fusilamiento del caballo” en *Entre Nos. op.cit.* p. 111

¹⁶ MANSILLA, L.: *Una excursión a los indios ranqueles*, Bs. As. capítulo, 1967, tomo II , p. 82

escritor que había fundado en Chile la *Sociedad de la igualdad*, inspirada en los ideales franceses de 1848. Las cartas tuvieron un éxito insospechado.

En la *Excursión* hay una revalorización del aprendizaje en la frontera y el Mansilla escritor aparece como la cara oculta del militar. Es por ello que el texto es raro. Se ubica en una zona indefinida entre el informe militar y una literatura de frontera. Sus contemporáneos dudaron del valor historiográfico y sospecharon de su relevancia literaria. Pero el popular atractivo interpeló a la escritura tradicional.

Mansilla encuentra una raza desheredada por los gobiernos a la que llama “indios argentinos”. En los toldos conversa con ellos, come tortilla de huevos de avestruz, bebe aguardiente, aprende con voracidad de los lenguaraces y descubre el refinamiento de los caciques Baigorrita, Ramón y Mariano Rosas. La visión tradicional del “desierto” tal como la presentan Echeverría, Sarmiento o Hernández es el de un vacío inconmensurable que produce vértigo, donde rigen leyes desconocidas y no hay previsión posible. Con *Una excursión* el Ejército emprende un viaje “Tierra adentro”, a otro país con otros habitantes donde el temor se tiñe de la fascinación por lo exótico. El ejército penetra y explora la nada convirtiéndose en fundador y piloto de la civilización.

La milicia dice Mansilla “no es más que una religión de hombres armados... los mejores días de mi vida los he pasado en el campamento”.¹⁷ Pero el prestigio militar se debe en gran parte al uniforme y, además, desmoralizado es sólo una multitud armada. Por eso el fogón es la tribuna democrática de la frontera. Representa el descanso en la noche al calor de las llamas, el aroma de la carne de avestruz o guanaco cocida en los cuchillos, el trago de aguardiente compartida y los mates de café para mantenerse alerta. En él la conversación suspende las jerarquías e invita a la anécdota, incluso del indio.

El desierto es una extensión poblada de toldos en las que con una organización particular habitan quienes pueden dialogar con el blanco. En el desierto hay otras leyes similares a la de un mundo onírico en el que no escasean las pesadillas. Pero aún allí, para Mansilla hay diálogo, hay negociación, lenguaje y rituales para aprender. Los indios hablan. Usan el gerundio y repiten desconfiados al blanco “*huinca* mintiendo”. Saludan la valentía cuando dicen “ese coronel Mansilla, *toro*”. También celebran la hermandad con un *yapaí*, esa invitación a beber cuyo rechazo es una declaración de guerra. Entre un enmarañado condicionamiento para la negociación impuesta por el indio, lleno de rituales, de esperas y de intercambios Mansilla firma el tratado de paz.

¹⁷ MANSILLA, L.: “La mina” en *Entre Nos. op.cit.* p. 200

De ese acto obtiene el poncho del cacique Mariano Rosas, objeto fantasmal que lo acompañará hasta su muerte. Encuentra que los ranqueles tienen técnicas de doma menos cruentas, destreza para pelear de pie sobre el caballo, una lógica del saludo y una habilidad inédita para la platería, como la del cacique Ramón. Dice Mansilla

Es indudable que la civilización tiene sus ventajas sobre la barbarie; pero no tantas como aseguran los que se dicen civilizados¹⁸

El resultado es el de la desmitificación de la pampa, del desierto y de los indios. Esta especie de laicización del desierto produce el éxito de su novela. Mansilla sospecha del maniqueísmo sarmientino entre civilización y barbarie sin tomar partido por ninguno. No quiere la guerra pero quiere la subordinación del indio, porque sólo la espontaneidad de los hombres libres puede reemplazar la disciplina. Por eso debe utilizar una doble persuasión. La primera dirigida al indio con la firma de un tratado de paz. Pero la segunda dirigida al blanco a quien le presenta lo atractivo del exotismo. Esta segunda persuasión no es exactamente comprendida en una burguesía para la que el mercantilismo, la propiedad privada de la tierra y el mercado de consumo empiezan a ser prioridad. Viñas, por ejemplo, dice que Mansilla no habla del indio condenado ni derrocado. Habla de un indio vencido y resurrecto por la firma de un tratado que lo hace argentino aunque todavía ninguno merece una dedicatoria en sus crónicas. El gentleman-soldado en el desierto va a conjurar lo maldito para recuperar la lengua desmitificada y laica.¹⁹

Sarmiento, en un discurso al pueblo de Río Cuarto que había pedido la revisión de la destitución del entonces Coronel Mansilla, siembra una sospecha:

el gobierno se precavería contra subalternos suyos, que oscureciendo su autoridad, obrando con afectada independencia, y menospreciando a sus superiores, tendiesen a formarse un pedestal propio, con un pie en poblaciones rurales, influidos por el contacto diario, con otro en las tolderías de la pampa; y una mano en la prensa de las ciudades y la otra en la espada que el Estado le confió

Mansilla sabía muy bien que la carrera del poder entre los grandes caudillos había empezado en la Frontera. El fantasma de su tío Juan Manuel, el Héroe del Desierto, volvía a agitarse. El desierto era el atajo al gobierno supremo como lo demostró Roca una década después. Uno de los relatos de sus pesadillas en el desierto lo confirma.

Vestido con un cuero de jaguar, cuya cabeza con agudos colmillos le cubre la frente, el hombre maneja una carreta tirada por una recua (tropilla) de veinte yeguas. En la mano una enorme espada de acero. Lo precede una gran escolta formada por

¹⁸ MANSILLA, L.: *Una excursión a los indios ranqueles*, op.cit, tomo I, p. 58

¹⁹ VIÑAS, D.: *Indios, ejército y frontera*, Bs. As, Santiago Arcos, 2003, p. 164

ranqueles, puelches, patagones y otros, que en un tono monótono y rítmico, acompañándose de flautas, cantan “Lucius Victorius Imperator”. El emperador de los ranqueles está haciendo su entrada en Salinas Grandes, donde lo esperan las tribus de Calfucurá, que han preparado un arco de triunfo y un trono tapizado con cueros de potro.²⁰

Todavía en el 900 Mansilla decía que Sarmiento amaba la civilización y era bárbaro, que amaba la educación y era inculto, que no sabía polemizar porque era sectario e intransigente. Pero reconocía que su gran audacia produjo una escritura personalísima.

El éxito de *Una excursión* se debió, especialmente, a que era leído como los viajes de marco Polo o de Gulliver. La desarticulación del país por obra de la “frontera”, su fragmentación en dos partes divorciadas, resultaba asombrosa. La crónica atrayente de Mansilla concitaba la curiosidad pública sobre parajes exóticos, desconocidos, extraños, casi fabulosos. Por eso fue premiado en el Congreso Internacional Geográfico reunido en París en 1875.²¹ Los testimonios lo confirman. Verlaine, por ejemplo, les escribió a sus amigos: “Anoche comí con un general de la República Argentina. Ha vivido en la pampa. Ha escrito un libro indiano que me va a mandar.” Su editor francés Maurice Barrés afirma: “El general Mansilla nos trae las verdades que fue a buscar a campos de batalla de toda índole, a desiertos inclementes y a las reuniones más risueñas”²²

Su intercambio con los ranqueles le permitió construir un modelo que se generalizó para el indio de la pampa. Ese modelo, según Hernández, fue el que le permitió incluir al indio en el Martín Fierro (1872), ya que lo desconocía. Extinguidos los malones, el relato sobre el indio se propagó hasta la historieta gauchesca de los '50: *Fabián Leyes* o *El huinca* de Enrique Rapela, *El Cabo Savino* un militar de frontera de Carlos Cassalla, o *Lindor Covas, el cimarrón* de Walter Ciocca. Todos ellos ilustraron ediciones de *Una excursión* y tuvieron gran influencia en *Inodoro Pereyra, el renegau* de Fontanarrosa.

Es usual ver en Mansilla a un viejo vizcacha castrense, dicharachero y seductor. Unas cuantas generaciones de argentinos fueron educados con *Una excursión* como libro de lectura escolar. Así trascendió como una literatura separada de la política propia del arquetipo militar de la generación del '80 que toma contacto con el indio y con el desierto. Por su formación clásica, Mansilla, busca el punto de equilibrio entre los extremos que son París y el Desierto. El componente atávico que lo une a Rosas lo pone en una oscilación permanente entre esos extremos y origina su particular modo de

²⁰ MANSILLA, L.: *Una excursión a los indios ranqueles*, op.cit, Tomo I, p.208

²¹ GUGLIELMINI, H.: *Mansilla*, Bs. As, Ediciones Culturales Argentinas, 1961, p.114

²² Barrés, M.: “Prefacio” en MANSILLA, L.: *Estudios Morales o sea El diario de mi vida*, Bs. As., Perfil, 1983, p. XXIV

actuar y contar.²³ Es un efecto a la vez político y literario no previsto en la conciencia histórica que el ejército argentino encarnaba.

Mansilla resulta un punto oscuro dentro de ese arquetipo militar. Su cuestionamiento permanente al maniqueísmo sarmientino interroga la mecánica de gobierno asentada sobre la civilización y la barbarie. Por eso no cuaja completamente con la conciencia posible alrededor de la civilización que construye el creciente positivismo. De allí que sea acusado por Roca y otros contemporáneos de que su vicio por la charlatanería malogró al historiador y al literato confinándolo al lugar de un divertido cronista. Habiendo participado en la guerra del Paraguay, en las contiendas entre la Confederación y Buenos Aires, en Pavón, en la revolución del '90 y en la caída de Juárez Celman, les sorprende que no pudo dar una visión histórica de conjunto. Creían que por pereza no pudo salir de las anécdotas y descripciones empíricas.

La gran desconfianza de Mansilla por el positivismo en boga, sin embargo, no lo hacía confluir con el catolicismo de algunos Ortiz de Rosas. Tampoco lo convirtió al indigenismo. Su fascinación burguesa por la barbarie, representada por el indio y el gaucho perseguido, rescata a la frontera como una categoría político-literaria. El ejército, el fogón y los soldados de "frontera" son un punto de encuentro que arroja novedad, que rompe con las habitualidades de la vida porteña. La frontera se convierte en el atractivo de su conversación tanto en Buenos Aires como en Europa. Con la "frontera" cuestiona el dualismo entre el desierto y la civilización.

3) Civilización o los espectros de la nueva barbarie (habitantes y ciudadanos)

El concepto de "frontera" en Mansilla no es únicamente aplicable para comprender el problema al interior del desierto. Con él puede explicarse la relación entre la nación y el exterior, principalmente con Europa. Esta es la otra parte del cuestionamiento a la simplificación sarmientina civilización-barbarie. La 'civilización' es más una expresión de deseo que una realidad que, cuando se la quiere imponer como proyecto de vida foráneo, genera su propia 'barbarie', vil y homicida. Lucio, el *dandy* se esforzará por demostrar que aquello que Europa llama "barbarie" es un fenómeno que puede ser comprendido y con el que se puede convivir en ciertas condiciones. Para ello se debe jugar a identificarse parcialmente con el bárbaro, aprendiendo sus palabras, cocinando sus platos, usando poncho o contando anécdotas de la vida en los toldos en las veladas

²³ VIÑAS, D.: *Literatura argentina y realidad política. op.cit.*, p. 18

parisinas. En esos elementos, igual que en su vínculo con Rozas, va a residir gran parte de su excentricidad de *dandy*. Esta desmitificación disuelve, en parte, el estereotipo condenatorio positivista. Una nación no puede construirse legítimamente sin la intervención de los “bárbaros” y los “oprimidos” que la “barbarie de la civilización” aniquilaría. Sólo un lento y necesario proceso transformador los convertiría en ciudadanos argentinos con derechos. La rica experiencia cosmopolita de Mansilla va a ser determinante porque le va a permitir hablar de dos tipos de “barbaries”. Unos serán los denominados “primitivos” por la cultura europea. Pero los otros serán los que resulten de la civilización impuesta.

El gaucho simbólico se va, el desierto se va, la aldea desaparece, la locomotora silba en vez de la carreta, en una palabra nos cambian la lengua, que se pudre... el país ¿quiénes? Todos los que pagamos tributo a lo que se llama el progreso.²⁴

Más allá de la aceptación del mundo aborígen, Mansilla, adhirió sin demasiados problemas al roquismo. Como agente militar viaja a Europa para obtener informes sobre la inmigración y fomentar viajes en masa que poblaran las tierras ganadas al indio. Ya a esta altura sus inconsecuencias políticas eran famosas. Apoyó a Sarmiento, a Avellaneda, a Roca, a Juárez Celman a quien acompañó en su huida con la Revolución del '90 a Pellegrini y a Urriburu. Fue diputado por el Autonomismo (Alsina y Mariano Acosta). Algunos diarios satirizan llamándolo el “líder de la mayoría”. A ello respondió en el Congreso Nacional “Yo creo que un hombre que piensa seis meses de la misma manera no puede pretender que no está equivocado”. En 1896 se niega su ascenso a Teniente General y se retira de la carrera militar. Aunque su amigo Fray Mocho sostuvo que, justamente militar, es lo que nunca dejó de ser.

A comienzos de siglo el sueño liberal ilustrado empieza a confundirse El público se va transformando por una inmigración que avanza teniendo como espada la ley de la oferta y la demanda. Esa masa nada sabe de nuestra política, y eso puede ser peligroso

la inmigración extranjera nos ha envuelto. Con su incorporación activa, incesante a nuestra vida social en todas sus manifestaciones, particularmente en Buenos Aires, donde, por decirlo así, se fragua, no tanto el sentimiento cuanto la opinión nacional, poco a poco se ha ido formando un juicio anónimo favorable al gobierno de Rozas.²⁵

Resulta que ahora el comprador de la tierra es el inmigrante que sólo sabe de trabajo, de oferta y demanda, de ahorro y de economía para regir su vida. Sus únicas batallas son las reglas del interés compuesto y su Biblia el Código de Comercio. No lo preocupan las

²⁴ MANSILLA, L.: *Mis memorias (infancia-adolescencia)*, Bs As, editorial Lugar, 1994. p.32

²⁵ MANSILLA, L.: *Mis memorias, op.ci.*, p. 62

discusiones políticas ni las elecciones nacionales. La adulteración de las materias alimenticias que vende no le dejan tiempo para nada. Y no es que no ame al país porque se ha casado con él y ha tenido hijos a los que les dejará con qué vivir para que no tengan que trabajar. Pero el campo de la política y de la justicia quedará definitivamente desbastado.²⁶ Esto también es la barbarie de afuera.

Mansilla modifica la conversación con el cambio y el aumento de público. Se vuelve más cínico y hace apología de la claridad frente a los ataques de superficialidad. Abusa de las dedicatorias abarcando un campo demasiado extenso de la política. Su vida de *dandy*, cada vez más actoral, hace que su excéntrica vestimenta lo haga reconocible en sus paseos por la flamante Avenida de Mayo o en las fotografías comerciales de la calle Florida. Su escritura deviene cada vez más teatral.

El auditorio de la calle, de la plaza pública, de los salones, de los conventillos, es lo mismo que el público del teatro²⁷

Es su oportunidad para escribir a los hombres de toda nacionalidad que llegan a este país, todos tienen orejas para oír y por momentos hacen a Buenos Aires inhabitable. Sus microscópicas digresiones adelantan una mirada casi cinematográfica de la realidad.

al rato no más de estar en Buenos Aires, ya los ve uno en todas partes, parados en las esquinas papando moscas (o camelando la hija de algún estanciero o *batchicha* rico, aunque sea fea), o en la puerta de la Confitería del Águila o en la vereda del Jockey Club, del Progreso, de cualquiera de los sitios *fashionables*, donde es lícito plantarse sin ofender la moral urbana, por más impertinente que sea.²⁸

Sus últimos textos tienen títulos más que sugerentes: *En vísperas* y *Un país sin ciudadanos*. En ellos reflexiona sobre las estrategias militares y políticas que transformen a los habitantes de un suelo en ciudadanos de un país. Esos hombres nuevos estarán ocupados de la toma del desierto, ese imán irresistible en el que todavía hay otros habitantes. Ahora todos deberán convertirse en ciudadanos.

Serás lo que quieras ser y si no... (héroes y traidores)

“Entre ayer y hoy (24/11/1910) llegaron 6668 inmigrantes a Buenos Aires” lee satisfecho Mansilla en *Le Figaro*. Hacerlos ciudadanos requiere de una legislación, a la que estos inmigrantes no son refractarios. El modelo a alcanzar es París en el que tanta mezcla convive sin que las diferencias desaparezcan. Pero ¿cómo se cuenta la historia

²⁶ MANSILLA, L.: *Mis memorias, op.cit.*, p. 113

²⁷ MANSILLA, L.: “Un hombre comido por las moscas”, en *Entre Nos. op.cit.* p. 100

²⁸ MANSILLA, L.: “Limosna y mendicidad”, en *Entre Nos. op.cit.* p. 427

frente a este nuevo auditorio? Dos son las recetas que repiten todos los historiadores de la época. Una es la del famoso manual escolar de Santiago de Estrada, *Catecismo de Historia Argentina* (1884) que presentaba una historia abreviada en forma de preguntas y respuestas esenciales. Este “catecismo” aplicado a una actividad laica entusiasmaba a muchos educadores pero no a Mansilla

Para catequizar inmigrantes, bastaría y sobraría, sin duda, hacer saber que Buenos Aires es salubre, salvo peste, más o menos cruda... Los testigos oculares podemos, sin embargo, dar fe de algunos cambios extraordinarios, operados contra viento y marea; las guerras civiles, las tiranías, las revoluciones y otras locuras de menor cuantía.²⁹

La otra receta es la que ofrece Mitre. Es la historia de las grandes epopeyas que reducen a los hombres a una insignificancia. Las figuras heroicas exceden lo humano hasta oponérseles. Las mismas son delineadas por la acción del tiempo histórico frente a los grandes acontecimientos. El espesor humano se pierde detrás de la épica y los héroes se alejan definitivamente de sus proporciones naturales. Dice Mansilla de Mitre

Yo hubiera deseado ver un San Martín más humano, menos mitológico, menos sibilino (esotérico), que no escribiera –“serás lo que debas ser y si no, no serás nada” ... que me explicara lo que entendía por deber, a no ser que deber fuera sentir el cansancio de la lucha, antes de una década, y abandonar el campo, taciturno y desencantado, a ambiciones que pudieron ser fatales para la causa republicana en América. Y todo esto, sin detenerme a discutir a un héroe, que si mandaba de Europa su espada a los dictadores o tiranos [en clara alusión a Rosas], es evidente que los habría servido si aquí se hubiera encontrado; flaqueza, aberración, entusiasmo, que es tiempo perdido querer explicar y justificar; los grandes hombres indiscutibles no padecen de eso, tienen vicios, nunca pierden la cabeza.³⁰

Héroes y traidores es la nueva simplificación para viejas dicotomías que vuelven ocioso el pensamiento. El pretendido historiador (Santiago de Estrada o Mitre) rechaza vicios y virtudes para trazar fronteras y fundar un origen heroico que sirva para legitimar el presente. Un origen que, para Mansilla, sólo es barro nacional bañado de sangre. Como hecho desnudo, es poco interesante para contar. Nada dice esa historia sobre las pasiones contradictorias de quienes habitan una época ni de sus efectos.

La historia militar, según Mansilla, es el lugar de mediación entre los oyentes y los héroes. Independientemente de la función que esa historia cumpla es llamativo que se proponga un lugar para la mediación. Porque en ese espacio no está la rigidez ni la perfección de las estatuas sino la proximidad, los detalles, los defectos. La historia se hace interesante cuando los acontecimientos públicos no se subordinan a las pasiones

²⁹ MANSILLA, L.: “Tipos de otro tiempo”, en *Entre Nos. op.cit.* p. 145

³⁰ MANSILLA, L.: “San Martín”, en *Entre Nos. op.cit.* p. 454

privadas, cuando se suspende el juicio moral del que relata. Hay que hablar de vicios y virtudes de todos y no de las virtudes de los buenos y los vicios de los malos; hablar de lo humano y abandonar el moralismo. Las fronteras internas, externas e individuales constituyen un umbral desde el que más le gusta a Mansilla pensar la historia.

Esta categoría histórico-política, la “frontera” muestra, ante todo, la complejidad de la narración histórica que siempre exige un esfuerzo de lectura. Además, la frontera, como umbral de indeterminación entre contradictorios, incluye las pasiones, las miserias y los sueños de las vidas humanas. Por último es una zona de indiferenciación entre el mundo real y el imaginario en la que un momento histórico puede convertirse tanto en una amable como en una espantosa realidad. Esta ubicación no ofrece respuestas pero interpela al punto de tener que volver a pensar sobre lo mismo de un nuevo modo.

Balvanera, 19 de junio de 2008